

Gris, con las letras en negro y sin más color que el imprescindible para mostrar el objeto real y tangible del cual tomé — ya dije que el título me había caído a mí simpático — el (me parece que se llama "lema") para encabezar mi página.



No podía imaginar, en aquel primer momento y guiada tan sólo por el impulso, que iba a ser a la larga un título tan acertado para mi página.

Pero no debo seguir ahora con estas tonterías; tengo que subirme a la escalera y descolgar las cortinas del salón para lavarlas y, después, quitar la hebra a un quilo de judías verdes porque mi suegra va a venir a comer y resulta que hace unos días se tomó la tensión y la tenía por las nubes. Así que está a régimen.

Me pongo aquí, a modo de recordatorio — tengo una memoria malísima — y en letra más pequeña para no confundirme, que este archivo está enlazado desde el cuadro de texto del archivo titulado pageid 5389873; porque tan liada que voy a estar unos días con la ropa de invierno, que la tengo que subir del trasterillo y llevar casi toda a la tintorería y poner, además, la alfombra del cuarto de estar, cuando quiera ir a echar mano no sé de dónde viene qué ni adónde va nada.

Ah, una cosa que se me olvidaba (pero no me importa mucho porque si les pongo una patata o dos puede que me arregle con medio quilo), que me telefoneó un señor el otro día — me localizaría por la página — y me echó una bronca monumental y protestando de que hizo lo de la crema de manos — anda medio desquiciado, el hombre, y por eso le perdoné los exabruptos, porque no es capaz de dar no sabe ya si con la tecla o con la enfermedad que lo aqueja...

– Y bien pringosa — dijo —, siguiendo su consejo...

– ¡Pero si el consejo era no dársela!

– ¡Pues por eso precisamente, cagüenlá! ¿No le estoy diciendo que llevo ya de médicos... ¡Pero que no hay manera, oiga, de acert...

– Ah — yo —, ¿Qué lo hizo por probar?

– Éeeeeeeeeeeeequilicua.

– ¿Y?

– Me salió una ferretería.

– Pues eso va a ser — deduje — que tiene usted o fatiga o fracaso escolar.

– Fatiga no sé; pero, lo otro...

– Es una enfermedad, le advierto, muy generaliza.

– Ya, pero a mi edad... Tengo setenta y siete años... Aunque, ahora que lo dice...

–Lo ve. Seguro que hace alguno de esos cursos para la tercera...

–En la universidad, sí; cálculo diferencial. Pero voy muy bien, no me siento fracasado.

– Pues entonces no sé qué decirle...

– No sabe qué decirme ¿Por qué se mete a aconsejar si no se sabe las instrucciones completas?

– Las de la efe no — y, por disculparme —; yo es que no pasé de estrés.

–Pues, a mí, lo que le digo... Y luego empezó a recitar tuercas dos sartenes 3 plancha 16...

– ¿Y ese salto?

– Bueno, por no cansarla a usted, del 4 al quince las sartenes no eran antiadherentes.

– ¿Y las planchas?

– No eran de vapor.

– Ah ¿Y qué hizo entonces?

– Pues dejarlo para otro día porque como no tengo tarjeta de cred...

–No — yo —: Que qué hizo con sus achaques.

– ¿Pero no le estoy diciendo leñe que colgué y marqué el cero?

– ¿De qué se queja entonces?

– Eso es lo que estoy tratando de averiguar — va y me dice —, pero como usted puso mal las instrucciones...

Me dijo, encima de que se molesta una.

1



¹ [Que es por lo que digo que es mía](#) hasta cierto punto — el tercero y aparte, concretamente, empezando por arriba —; pero, a partir de ese punto, ni sé nada de ese señor ni de ningún estrés que no sea el que me causan las amarguras de mi propia vida ni sé qué hace esta insustancial sin imaginación ni iniciativa ninguna aprovechándose de mis globos.